NIGROMANTES I

Franco Emanuel Dominguez

Capítulo 1

Capítulo 1: el pueblo sin nombre

Zacarías miraba perdidamente la vegetación pasar por la ventanilla trasera del auto, las imágenes pasaban tan deprisa que parecía una pintura de acuarela en el vidrio. Hacía frío afuera pero su propio mal humor le era de utilidad para generar un calor interno como un verdadero motor recalentado a punto de explotar de la rabia. Tenía motivos para estar así: una inminente mudanza a un reciente pueblo de pocos habitantes. Pero no le quedaban opciones que aceptarlo porque su padre había conseguido un nuevo trabajo con un mayor ingreso económico y su madre había aceptado un empleo en el pueblo como arquitecta local para los futuros desarrollos inmobiliarios de la localidad, con amplias posibilidades de crecimiento. De igual manera tenía una cara que espantaba a cualquiera y lo empeoraba más el temblequeo del auto por la carretera que le provocaba náuseas.

Su madre iba manejando mientras su padre dormía en el lugar del acompañante, la mujer lo miraba de vez en cuando para saber si su cara estaba despejada de arrugas de desagrado y enfado.

- Cambia esa cara Zacarías... - primero lo dijo casi como harta de todo ese cliché de niño chinchudo - El pueblo te va a encantar - después cambió el tono porque si quería que su hijo cambiara su humor debía tratarlo con normalidad - La casa es enorme, ya verás - insistió tratando de encontrar una sonrisa, una sorpresa, alguna emoción pero nada pasaba, el enojo omnipresente de su hijo ya estaba instalado.

- Ya vi la casa en el folleto - dijo el muchacho quien desvió la mirada al observar una gran ciudad a lo lejos.

- ¡Esa es! - exclamó de repente su padre - Ipswich, es una ciudad muy antigua y bella. Nuestro destino está muy cerca.

Zacarías no habló, no estaba de humor para hacer o decir nada y se quedó mirando la ciudad a lo lejos. Parecía enorme pero pronto tomaron un camino adyacente que iba hacia el lado contrario. El camino parecía recién construido y era tan liso que logró relajarlo del traqueteo anterior. En ese tramo Ipswich desapareció al ser cubierto por una enorme masa de árboles que siguió presente por incontables kilómetros. Cuando se detuvieron ante un semáforo innecesario Zacarias dio vuelta para mirar por la otra ventanilla, el viaje comenzaba a ser demasiado largo y

deseaba llegar cuanto antes pero el sólo hecho de pensar en todas la tareas que quedaban por delante habían logrado adormitarlo, como si su cuerpo le exigiera descansar y así prepararlo para la pronta mudanza.

- Ya llegamos - dijo su padre zarandeándolo, se había dormido profundamente. Zacarías abrió sus ojos un poco enojado por la manera bruta de despertarlo - Sé amable con tu madre, esta casa le encanta, está muy feliz.

- Sí lo sé - respondió con la voz dormida, los ojos se le cerraban pero enseguida escuchó llegar el camión de la mudanza y no le quedaba más remedio que ayudar, ya no era un niño e irremediablemente comenzaba a experimentar por momentos una fuerte madurez que lo ponía melancólico.

- Es hermosa, ¿no? - dijo la mujer que ni bien lo vio bajar del vehículo lo cargó con bolsas y maletas mientras ella regresaba al baúl por más cosas.

- Sí lo es, pero y... ¿este pueblo? - el chico comprobó de inmediato que absolutamente nadie deambulaba por las calles, además las casas parecían abandonadas a pesar de estar en buen estado.

- Todo saldrá bien - le respondió vagamente ella desde detrás del auto.

Bajar y acomodar las cosas dentro les había llevado toda la mañana, la casa era amplia por lo que en algunas zonas el vacío decoraba el lugar. Tenía tres habitaciones y todas con baño propio, algo que llamó la atención de Zacarías, un living enorme, una cocina amplia y luminosa, un comedor tan amplio que podrían cenar unas diez personas con mucha comodidad, el garaje tenía espacio para dos autos (sus padres con suerte tenían uno) y el patio era inmenso, con el césped cortado al ras y árboles al fondo que parecían mezclarse con el bosque circundante. Este último detalle cautivó al muchacho porque el patio no tenía fondo sino que continuaba libremente con el bosque de la zona. En ese momento se dijo que tal vez había dramatizado demasiado el tema de la mudanza, por unos minutos se relajó ante la hermosa vista, respiró hondo y caminó apenas unos metros bosque adentro para experimentar la enormidad del sitio.

Sin embargo si quería seguir enumerando aspectos positivos, el conteo se detenía abruptamente cuando caía en la cuenta de lo desértico del pueblo.

Por la tarde, cuando decidieron tomarse un descanso, Zacarías salió a recorrer las calles. Entre tanto detalles notó, por ejemplo, que las viviendas a su alrededor parecían recientemente construidas por lo tanto cuidadas por manos humanas, pero era como si estuvieran habitadas por

seres invisibles porque nadie se asomaba por una ventana o por sus puertas. En tanto recorrido no se cruzó con nadie y sólo escuchaba el constante sonido de árboles meciéndose y aves, no llegó a distinguir ninguna risa, ningún grito, nada.

De repente su suerte cambió de golpe porque cuando estaba volviendo a su nueva casa escuchó un fuerte estruendo acompañado de un quejido. Buscó con la mirada el causante de ese ruido y encontró, metros más adelante, a un muchacho que estaba tirado sobre el asfalto de la calle, quien parecía haberse llevado por delante con su bicicleta un auto estacionado.

- Oye ¿Estás bien? - le dijo Zacarías desde lejos.

- ¡Ah! Hola si, si... muy bien - dijo el muchacho que levantó la cabeza y volvió a acostarse sobre el cemento.

- Y... ¿por qué estás...así? - preguntó Zacarías, ahora desde más cerca. El chico no quería sacar rápidas conclusiones pero el primer habitante que se había cruzado de aquel pueblo ya le parecía raro.

- Estoy descansando - explicó el otro y soltó un alargado suspiro.

- Pero podría pasar un au... - Zacarías pensó lo que estaba por decir, observó ambas direcciones de la calle y nadie circulaba con vehículos por allí a pesar de que sí había visto varios aparcados.

- ¿Auto? Y ¿Pisarme? - dijo mientras se reía a carcajadas - Se nota que no eres de aquí, tú debes ser el vecino nuevo, ¿no? - preguntó el chico que seguía tirado allí.

- Supongo...

- Soy Benjamín, hace un par de semana vi ese mismo coche visitar muy seguido la propiedad en venta, deduje que la habían comprado y así fue. ¿Son tus padres? - Zacarías se sintió algo intimidado por Benjamín, sobretodo porque parecía bastante pendiente de lo que pasaba en la casa vendida. Frunció el ceño y le contestó sin ánimo alguno.

- Soy Zacarías y sí son mis padres...

- Vamos recuéstate, disfruta un poco de la tranquilidad del pueblo, de la frescura del bosque - dijo Benjamín mientras le pegaba palmaditas al pavimento para que Zacarías se recueste a su lado. El joven lo dudo un instante pero qué más daba, ésta era ahora su nueva realidad y al menos estaba charlando con un habitante de allí. Decidió cambiar su ánimo.

- Lo admito es muy tranquilo... - dijo mientras se reincorporaba y se sentaba en el cordón - Pero es obvio que ocurre algo con la gente de aquí.

- Bueno, en ese caso, es extraño que no te lo hayan dicho antes de llegar - se levantó también y se sentó a su lado, sin antes correr su bicicleta del medio de la calle. Se quedó mirando a Zacarías hasta que comprobó que no le habían dicho nada y prosiguió - Resulta que la gente de por aquí cree que los bosque que rodean toda esta zona hasta Ipswich están embrujados. Y en parte puede que tengan razón, ésta fue una zona reconocida por ser el lugar donde las brujas eran cazadas y ejecutadas.

- Pero...

- Lo sé, es una locura, pero ya sabes cómo son los rumores en los pueblos. Cuanto mayor sea su boca en boca más fuerte se hacen hasta tal punto que...mira lo que sucedió.

- ¡Qué locura! Y tus padres...

- Ellos no creen...en realidad sí pero de una manera diferente. Y yo también por eso estoy las tardes enteras en el bosque buscando alguna bruja o algo por el estilo - expuso Benjamín riendo por su chiste.

- Entonces...me mudé a un pueblo habitado por personas que viven encerradas porque les temen a unas supuestas brujas - recapitulo Zacarías para saber si no se le había escapado ningún detalle.

- Es difícil, es una mezcla de cosas; rumores y una reciente moda de padres sobreprotectores.

- ¡No lo puedo creer!

- Te acostumbrarás, además no todos creemos en tontos rumores - dijo Benjamín que se puso de pie y agarró su bicicleta.

- Entiendo...

- Yo debo irme y cuando quieras puedes pasar...vivo exactamente al lado - le sonrió y se fue caminando con bicicleta en mano hasta la casa que estaba junto a la suya.

- Si, está bien - respondió Zacarías unos largos segundos después.

El chico se quedó allí un rato repensando en toda la reciente información. Sabía que cada pueblo tenía sus propias historias y leyendas pero jamás hubiese imaginado que serían lo suficientemente fuertes como para terminar modificando la vida de las personas. Sin embargo a lo mejor él

estaba equivocado, a lo mejor siempre era así, después de todo era la primera vez que vivía en un pueblo tan chico. A lo mejor debía seguir el consejo de Benjamín y acostumbrarse a las creencias ajenas, encontrar su sitio, adaptarse y vivir sin dejar que aquello lo afecte. Así que eliminó rápidamente esos pensamientos y en cambio decidió preocuparse por encontrar ese almacén que lo proveyera de los caramelos los sábados, también debería averiguar si al menos allí había internet y tal vez podía adoptar a un perro o a un gato.